

Los arqueros trasladaron á los dos jóvenes á la sala de guardias, donde no tardaron en recobrase y en contar cada uno de los dos lo que les acontecía.

En cuanto al veterano arquero, al oír el trueno que estallara en medio de la calma de una noche serena, había despertado inmediatamente á los dormidores y salido en busca de los jóvenes aventureros, á quienes, como hemos visto, encontró en un estado casi igual.

Los arqueros, ninguno de los cuales volvió á pegar los ojos, á la primera luz del día abandonaron silenciosamente las ruinas del castillo de Windeck y continuaron hacia Cléveris, á cuya ciudad llegaron á las nueve de la mañana.

UNIVERSIDAD DE MONTEBERRY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTEBERRY, MEXICO

V

La liza dispuesta para el tiro del arco era una llanura que se extendía desde el castillo de Cléveris hasta la margen del Rhin. En la parte del castillo había un estrado destinado al príncipe y á su séquito; en la parte opuesta y en la orilla estaban ya agrupados los habitantes de todas las aldeas circunvecinas, aguardando el espectáculo de que iban á gozar y del que estaban tanto más orgullosos cuanto el triunfador del día debía salir de sus filas. En una de las extremidades de la pradera aguardaban ya algunos arqueros de otras partes de Alemania, en tanto que en el extremo opuesto y á ciento cincuenta pasos de distancia, el hito que debían alcanzar las flechas presentaba en el centro de un disco blanco un punto negro rodeado de dos círculos, el uno encarnado, azul el otro.

A las diez se oyó el toque de trompetas, y, cual si no esperasen más que esta señal, abriéronse las puertas del castillo para dar paso á una lucidísima cabalgada compuesta del príncipe Adolfo de Cléveris, de la princesa Elena, del conde soberano de Ravenstein y de copioso séquito de pajes y criados á caballo como sus amos, aunque la distancia que

separaba de la pradera el castillo fuese apenas de media milla. Al desarrollarse en el angosto sendero que descendía de la colina al llano, el brillante escuadrón semejava una enorme y jaspeada serpiente que iba á apagar su sed en el río.

El rey y la reina de la fiesta fueron aclamados al subir al estrado que les tenían dispuesto. En cuanto á Otón, no profirió ni una voz, por tal manera había caído en una contemplación muda y profunda al ver á la joven princesa Elena.

La cual era, en efecto, una de las más graciosas creaciones que pudiese haber producido la Alemania del Norte, tan fecunda en tipos pálidos y graciosos. Como las plantas que crecen en la sombra mojado sus raíces en húmedo suelo, Elena no tenía tal vez los vivos colores de la juventud propios de los que nacen y viven bajo un sol más ardiente; pero en cambio ostentaba la flexibilidad y la gracia de las flores de los lagos, de esas flores que vemos salir durante el día para mirar un instante en torno de ellas y tomar parte en la fiesta de la vida, pero que al crepúsculo se cierran y pasan la noche tendidas sobre esas grandes hojas redondas de invisibles tallos que la naturaleza les ha dado por cama. Elena seguía á su padre y precedía al conde de Ravenstein, que, según decían, debía recibir cuanto antes el título de prometido. Tras ellos iban los pajes, que sobre una almohada de terciopelo rojo llevaban la toca destinada á premiar al vencedor, y cerraban la marcha los oficiales del príncipe Adolfo, que, con su hija, tomó asiento en los de preferencia del estrado.

Contestado que hubo Elena con un gracioso movimiento de cabeza al murmullo de admiración que su presencia levantara, su padre dió la señal de empezar.

Los arqueros que habían de tomar parte en el tiro eran unos ciento veinte, y las condiciones las siguientes:

Aquellos que á la primera prueba no den en el disco blanco, se retirarán inmediatamente y renunciarán á tomar parte en el concurso.

Los que á la segunda prueba claven sus flechas fuera del círculo rojo, se retirarán también.

Para la lucha definitiva sólo quedarán los que, después de la tercera prueba, hayan clavado todas sus flechas dentro del círculo azul.

Así se evitaba la confusión entre los concurrentes, y también la posibilidad de que hiciese vencedor á un mediano arquero el acaso y no la destreza.

Dada la señal, todos los arqueros armaron sus arcos, prepararon sus flechas, y tomaron sitio por orden alfabético, según se había dispuesto en el momento de la inscripción. Queremos decir que un heraldo fué llamando uno á uno á los tiradores, y que éstos, á medida que eran llamados, avanzaron y dispararon sus flechas.

En esta primera prueba sucumbieron veinte arqueros, que corridos y acompañados de la rechifla de los espectadores, se retiraron á un recinto reservado donde á no tardar iban á unírseles nuevos compañeros de infortunio. En el segundo turno, todavía fué más considerable el número, pues debía haber tantos más excluidos cuanto más difícil se hacía la tarea. Al llegar el turno tercero, sólo quedaron once tiradores para disputarse el premio, entre ellos Frantz, Hermann y Otón; once tiradores que formaban la flor y nata de los arqueros desde Estrasburgo hasta Nimega. No es extraño pues que redoblara la atención de los espectadores, y que aun los tiradores que perdieran su de-

recho al concurso, olvidaran su derrota, compartieran la expectación general é hiciesen individualmente votos por el triunfo de un amigo, un paisano ó un hermano.

Los once arqueros añadieron un nuevo pacto á los tres estipulados, y fué que el tirador que ahora no hiciese blanco en el mismísimo punto central, quedaría excluido. En esta prueba sucumbieron siete tiradores, que tuvieron que dejar el campo á Frantz y á Hermann, que clavaron sus flechas en el borde del disco negro, y á Mildar y á Otón, que dieron de lleno en el hito.

Mildar, á quien acabamos de nombrar por primera vez, era un arquero del conde de Ravenstein, y su fama se extendía desde el punto donde el Rhin desaparece en las arenas de Ortrecht, hasta donde sale, manso riachuelo, de la cadena del San Gotardo. Largo tiempo hacía que Frantz y Hermann, que tenían que cimentar su fama, anhelaban encontrarse con aquel terrible adversario que sin cesar les oponían. El proceso acababa de fallarse sin que los hubiesen desairado; la ventaja había quedado por Mildar, á quien únicamente Otón igualara constantemente.

El interés de los espectadores crecía á proporción que el número de tiradores disminuía; así es que los cuatro arqueros que quedaron en la liza eran blanco de todas las miradas. Tres eran ya célebres por haber disputado y ganado muchos premios; pero el cuarto y el más joven era desconocido de todos, que no le conocían por otro nombre que por el que él mismo escogiera, esto es por Otón el arquero.

Según el orden alfabético, Frantz debía tirar primero. Avanzó pues Frantz hasta el límite marcado por una línea de césped, escogió su mejor flecha,

levantó con lentitud y de abajo arriba su arco, apuntó por espacio de algunos segundos y con toda la atención de que era capaz, soltó la cuerda, y la flecha fué á clavarse en el punto negro.

Frantz, en medio de las aclamaciones de los espectadores, se hizo á un lado para dejar libre el sitio á sus compañeros.

Hermann avanzó á su vez, tomó las mismas precauciones que su antecesor, y obtuvo igual resultado.

Tras Hermann se adelantó Mildar, que ocupó su sitio en medio del más profundo silencio, escogió con el mayor cuidado una flecha en su aljaba, la puso en equilibrio sobre su dedo para ver si el hierro de la punta pesaba más que el marfil de la empulgadera, y, satisfecho del examen, la ajustó á la cuerda.

En esto, el conde de Ravenstein, amo del arquero, se levantó, sacó de su faltriquera una bolsa, y dijo:

—Mildar, si clavas tu flecha más cerca del eje que tus dos adversarios, esta bolsa es tuya.

Dijo, y arrojó la bolsa, que fué á rodar á los pies del arquero, que estaba tan preocupado, que apenas si prestó atención á lo que su amo le decía. La bolsa cayó estrepitosamente junto á Mildar sin que éste volviese el rostro, pero no sin que algunos espectadores dejasen momentáneamente de mirar al arquero para fijar los ojos en el oro que relucía, en medio de la yerba, al través de las mallas de seda que lo aprisionaban.

Las esperanzas del conde de Ravenstein no salieron fallidas; la flecha de Mildar rompió el eje y fué á clavarse en el centro del blanco. Los espectadores lanzaron un grito unánime de admiración, mientras el conde de Ravenstein batía palmas.

Elena, al contrario, palideció visiblemente y por manera tal, que su padre, desasosegado, se inclinó hasta ella para preguntarle si se sentía indispuesta; pero la doncella por toda respuesta movió, sonriendo, á una y otra parte la cabeza.

El príncipe Adolfo, tranquilizado, puso nuevamente la mirada en los tiradores, á tiempo que Mildar recogía la bolsa.

Quedaba Otón, al cual su nombre relegaba en último término y á quien la destreza de Mildar parecía no dejar probabilidad alguna de triunfo. Con todo eso, también él se había sonreído como la princesa, y, en su sonrisa, demostrado claramente que no se daba todavía por vencido.

Pero los que parecían tomar más vivo interés en aquella lucha de destreza eran Frantz y Hermann, los cuales, vencidos, habían puesto toda su esperanza en su joven compañero. Verdad es que no podían arrojar á los pies de éste una bolsa, como lo hiciera el conde de Ravenstein con Mildar, pero acercáronse á él, y, estrechándole la mano, le dijeron:

—Ten presente la honra de los arqueros de Colonia, por más que en conciencia no sabemos cómo puedas defenderla.

—Si se avienen á quitar la flecha de Mildar, replicó el doncel, me comprometo á clavar mi flecha en el agujero que ha abierto la suya.

Frantz y Hermann se miraron uno á otro con asombro rayano en la estupefacción. Pero el doncel había hablado con tanta calma y seguridad, que aquéllos, testigos de las pruebas de destreza dadas por Otón, tuviéronle por capaz de hacer lo que decía. Ahora bien, como entre los espectadores se había levantado un fuerte murmullo, Frantz y Hermann hicieron seña de que deseaban hablar, y se restableció el silencio.

Hermann se volvió hacia el estrado en que estaba el príncipe de Cléveris, y trasmitió en alta voz á éste la petición del doncel, petición que por lo justa y extraordinaria fué concedida al instante.

Ahora fué Mildar quien se sonrió, pero con ademán de duda demostrativo de que tenía por imposible la ejecución de lo que acababa de proponer Hermann.

Entonces Otón dejó en el suelo su toca, su arco y sus flechas, y con paso lento y mesurado fué á examinar personalmente el blanco; en realidad, la flecha había penetrado donde el marcador dijera.

Mildar, que había seguido al doncel, arrancó la flecha, mientras Otón detenía con una mirada á Frantz y Hermann, que intentaron hacer lo mismo con las suyas y desistieron de su empeño al comprender que su joven compañero deseaba servirse de ellas como de dos guías.

Otón cogió entonces una pequeña bellorita de los campos, la metió en la cavidad abierta por la flecha de Mildar para que en medio del punto negro le sirviese de hito, y, tomada esta precaución, se volvió á su sitio, sin humildad y sin orgullo, convencido de que, aun en el caso de perder el premio, lo habría disputado lo bastante para no avergonzarse de verlo pasar á otras manos.

Llegado que hubo al límite, el doncel aguardó á que cada cual se hubiese vuelto á su sitio, y, una vez restablecido el orden, cogió su arco, tomó aparentemente al acaso una flecha, por más que una mirada experta hubiera notado que la había buscado debajo de las demás de su aljaba, movió á uno y otro lado la cabeza para echarse atrás su lengua y rubia cabellera, y tranquilo y risueño como el Apolo Pitio, armó su arco, lo levantó lentamente al nivel del blanco y de su mirada, echó atrás la

mano derecha, hasta que la cuerda casi le tocó el hombro, guardó por un instante la inmovilidad de un arquero de piedra, y de improviso disparó la flecha, que pasó con la velocidad del rayo é hizo desaparecer la bellorita. Otón había hecho buena su promesa: su flecha acababa de reemplazar en el centro del blanco la flecha de Mildar.

Los espectadores lanzaron una exclamación de sorpresa; realmente lindaba con lo milagroso lo que acababa de hacer Otón. El cual se volvió hacia el príncipe y lo saludó profundamente, mientras Elena se sonrojaba de alegría y Ravenstein de despecho.

Adolfo de Cléveris se levantó y dijo que desde aquel instante los vencedores eran dos, y que por lo tanto habría dos premios, uno, la toca bordada por su hija, y el otro la cadena de oro que él llevaba al cuello. Con todo eso, como aquella lucha de destreza le interesaba tanto como á los espectadores todos, manifestó sus deseos de que cada uno de los adversarios propusiesen una postrera prueba á su elección, que el otro se vería obligado á admitir. Otón y Mildar aceptaron como quienes lo hubiesen solicitado de no habérselo ofrecido, y la muchedumbre, gozosa de ver que se prolongaba un espectáculo tan interesante para ella, rompió en un aplauso unánime, en acción de gracias al príncipe por su generosidad.

Mildar, á quien el orden alfabético daba la elección de la última prueba, se encaminó al borde del río, cortó dos ramas de sauce, y volvió para plantar una á la mitad de la distancia del blanco primitivo; luego se fué al límite, y la partió con su flecha.

Otón clavó en el suelo la otra rama é hizo otro tanto.

Ahora le correspondía la elección al doncel; el

cual cogió dos flechas, se puso una de ellas en el cinturón, colocó la otra en su arco, la disparó de modo que describiese un semicírculo, y mientras la primera caía casi verticalmente, la partió con la segunda.

Esto pareció tan miraculoso á Mildar, que declaró que no habiéndose nunca entregado á semejante ejercicio, tenía por imposible salir airoso de él. Mildar, con estas palabras se dió por vencido, y dejó á su adversario la elección entre la toca bordada por la princesa Elena y la cadena de oro del príncipe Adolfo de Cléveris.

VI

Otón, al levantarse con la frente ceñida con la toca que acababa de ganar, tenía el rostro radiante de gozo y de ventura. Los cabellos de Elena casi habían rozado con los suyos, y su aliento se había confundido ó poco menos con el de la princesa.

Aquella era la primera vez que el doncel aspiraba el aliento de una mujer.

Le sentaba tan bien su justillo á Otón y hacía resaltar por tal manera las elegantes y flexibles líneas de su cuerpo; brillaban con tal viveza los ojos del joven con el primer orgullo que siente el hombre á su primer triunfo; en una palabra, la dicha que le embargaba le imprimía un nosequé tan gallardo y altivo, que el príncipe Adolfo de Cléveris vió inmediatamente cuán ventajoso le fuera hacerse con tal servidor. Así pues volvióse Adolfo hacia el doncel, en el instante en que éste se disponía á descender las gradas, y le dijo:

—Una palabra, buen mozo; espero que no nos separaremos de esta manera.

—Estoy á las órdenes de vuestra señoría, respondió el joven.

—¿Cómo os llamáis?

—Otón, monseñor.

—Pues bien, Otón, desde el momento que habéis concurrido á la fiesta que doy, es señal de que me conocéis. Ya sabéis que mis servidores y mis hombres de armas me tienen por un buen amo. ¿Estáis sin colocación?

—Puede disponer de mí, monseñor, respondió el doncel.

—¿Queréis entrar en mi servicio?

—¿En calidad de qué? preguntó Otón.

—En la que me parece propia de vuestra condición y de vuestra destreza: como arquero.

Otón se sonrió con expresión incomprensible para aquellos que podían ver en él más que un hábil tirador de flecha, é iba indudablemente á responder según su linaje y no según su apariencia, cuando vió que Elena le miraba con tal ansiedad, que las palabras le murieron en los labios. Al mismo tiempo, la doncella juntó las manos en señal de ruego; primer rayo de amor que hizo fundir el orgullo de Otón, que se volvió hacia el príncipe y le dijo:

—Acepto.

El rostro de Elena se iluminó con una expresión fugaz de la más honda alegría.

—Corriente, prosiguió el príncipe; desde hoy estáis á mi servicio. Ahí va esta bolsa, son las arras del trato.

—Gracias, monseñor, repuso Otón sonriéndose, todavía poseo algún dinero del que me dió mi madre. Cuando no me quede, reclamaré á vuestra señoría la paga que acredite por mi servicio. Otra gracia desearía de vuestra señoría, ya que vuestra señoría está tan bien dispuesto en mi favor.

—¿Cuál?

—Que al mismo tiempo que á mí, vuestra señoría tomase á su servicio á aquel buen muchacho que está allá abajo apoyado en su arco, y que se llama Hermann; ¿lo ve vuestra señoría? Es compañero excelente, y querría no separarme de él.

—Admitido; vé, y de mi parte hazle el ofrecimiento que yo te he hecho á tí, y, si acepta, dale esta bolsa que tú has rehusado; tal vez no sea tan orgulloso como tú.

Otón hizo una mesura con la cabeza, se bajó del estrado, y fué adonde Hermann para hacerle la proposición y entregarle la bolsa.

Hermann admitió con gozo la una y con gratitud la otra, y ambos jóvenes volvieron para tomar sitio entre el séquito del príncipe.

El cual no daba ahora la mano á su hija, como al venir; quien daba la mano á la princesa era el conde de Ravenstein, que había solicitado y obtenido tal honor.

Avanzó el noble cortejo algunos pasos para llegar al sitio donde aguardaban los caballos. El de Elena estaba al cuidado de un simple criado, pues el paje que debía tener el estribo á la princesa se había quedado más tiempo del debido entre los espectadores, adonde lo condujera la curiosidad.

Otón notó la ausencia del paje, y, olvidando que era venderse, pues únicamente un joven noble podía llenar las funciones de paje ó de escudero, se adelantó para reemplazarlo.

—Paréceme que la victoria te hace olvidar quien eres, muchacho, le dijo el conde de Ravenstein desviándolo con el brazo. Por esta vez y en gracia á tu buena voluntad te perdonamos tu orgullo.

A Otón se le subió con tanta rapidez la sangre al rostro, que le pasó una á manera de llama por los ojos; pero comprendiendo que decir una palabra

ó hacer una demostración era perderse, se quedó mudo é inmóvil.

Elena dió con la mirada las gracias al doncel; y es que entre aquellos dos jóvenes corazones que apenas acababan de encontrarse ya había una inteligencia tan profunda y tan simpática como si desde el nacer hubieran sido hermanos.

El caballo del paje había quedado libre, y el criado lo conducía de las riendas. Notólo el príncipe, como asimismo y tras el caballo vió á Otón en compañía de Hermann.

—¿Sabes montar á caballo, Otón? preguntó al doncel el príncipe.

—Sí, monseñor, respondió sonriéndose el doncel.

—Pues súbete sobre el del paje; no es justo que un triunfador vaya á pie.

Otón hizo con la cabeza una señal de obediencia y de agradecimiento, y, acercándose al corcel, se subió sobre la silla sin ayuda del estribo, con tanta precisión y gracia, que era evidente que aquel nuevo ejercicio le era tan familiar como aquel en que, hacía un instante, acababa de dar una prueba tan patente de destreza.

La cabalgada continuó su camino hacia el castillo, y llegado que hubo á la puerta de entrada, Otón se fijó en el escudo que la coronaba, en el cual estaban esculpidas y pintadas las armas de la casa de Cléveris, que eran de azur con un cisne de plata en un mar de sinople. Entonces recordó el doncel que aquel cisne se ligaba á una antigua tradición de la casa de Cléveris, que él oyera contar á menudo en su infancia.

Encima de la mencionada puerta había un balcón pesado y macizo, llamado el balcón de la princesa Beatriz, y, entre la puerta y el balcón, una escul-

tura de los comienzos del siglo XIII, que representaba un caballero dormido en una barca arrastrada por un cisne; figura heráldica que estaba profusamente reproducida en todos lados y se enlazaba graciosamente con la ornamentación más moderna de algunas partes del castillo recientemente construidas.

El resto del día se pasó en fiestas. Otón, á título de vencedor, fué durante ellas objeto de la atención general; y mientras por su parte daba el príncipe un suculento banquete, los compañeros del doncel le dieron una comida de la que él fué el príncipe. Mildar fué el único que no quiso tomar parte en aquella demostración.

Al día siguiente entregaron á Otón un traje completo de arquero del príncipe. El doncel miró largo espacio aquella librea que, por mucho que era militar, no dejaba de ser una librea; pero el pensamiento de Elena le dió alientos, y quitándose las ropas que se hiciera labrar en Colonia, se puso las que en adelante le estaban destinadas.

Otón empezó el servicio aquel mismo día, entrando de guardia en las torrecillas y en las galerías, y cuando le llegó la vez, pusiéronle de centinela en una azotea frontera de las ventanas del castillo. El doncel, que esperaba ver á Elena en alguna de las abiertas ventanas para aspirar un rayo del sol que acababa de abrirse paso al través de las nubes, dió gracias á Dios por tan favorable coyuntura.

No vió Otón defraudadas sus esperanzas: poco después mostróse Elena en compañía de su padre y del conde de Ravenstein, y los tres no sólo se detuvieron para contemplar al joven arquero, mas también á éste le pareció que los nobles señores se dignaban ocuparse en él. En efecto, el doncel era

objeto de la conversación de aquéllos. El príncipe Adolfo de Cléveris hacía notar al conde de Ravensstein la gallardía de su nuevo servidor, y el conde de Ravensstein llamaba la atención del príncipe sobre la circunstancia de que el joven arquero, con menosprecio de las leyes divinas y humanas, llevaba los cabellos largos como los nobles, cuando debía llevarlos al rape como correspondía á un hombre de humilde condición. Elena se aventuró á decir algunas palabras para salvar de las tijeras la rubia y ensortijada cabellera de su protegido; pero el príncipe Adolfo de Cléveris, que vió cuán acertada era la observación de su futuro yerno, celoso de las prerrogativas de la nobleza, replicó que los demás arqueros tendrían derecho á quejarse si veían que uno se separaba en favor de Otón de una regla á la que ellos estaban sometidos.

Otón estaba muy distante de sospechar qué se tramaba en aquel momento contra la aristocrática gala de que tan gozosa se mostraba su madre; iba y venía por delante de las ventanas, escudriñaba con mirada de avidez el interior de los aposentos en que habitaba aquella á quien amaba ya con toda su alma, y forjaba mil sueños de ventura y mil proyectos de venganza, enlazados en su espíritu como mortífera sierpe en árbol cargado de fruto delicioso. Luego, de tiempo en tiempo, el recuerdo de la cólera paterna le oscurecía la frente, y pasaba una como nube entre lo porvenir y el sol naciente de su amor.

Al bajar de su facción, el doncel encontró al barbero del castillo, que por orden del conde le estaba aguardando para cortarle los caballos.

Otón hizo repetir dos veces la orden al rapista; y es que no pudiendo apartar el vivo recuerdo de su reciente esplendor, no se avenía á dar crédito á

que semejante orden le atañase á él. Sin embargo, reflexionólo más maduramente, y comprendió que lo que el príncipe exigía era por demás natural: para Adolfo de Cléveris, Otón era sencillamente un arquero, más diestro que los otros, es verdad; pero la destreza no ennoblecía, y únicamente los nobles tenían derecho á llevar largos los cabellos. A Otón no le cabía pues otro remedio que obedecer ó salir del castillo.

Era tal la importancia que en aquel tiempo daban los jóvenes señores á aquella parte de su tocado, que Otón no supo de pronto qué partido tomar: parecía que, por su honra y la de su familia, debía no consentir parecida degradación. Por otra parte, desde el momento que la hubiera consentido, á los ojos de Elena se convertía en arquero auténtico, y lo mejor era alejarse de ella que no quedar ante ella clasificado de tal suerte. En esto estaba de sus reflexiones el doncel, cuando pasó el príncipe dando el brazo á su hija.

Otón hizo finta de acercarse al príncipe, el cual, al ver que el joven deseaba hablar con él, se detuvo.

—Monseñor, dijo el joven arquero, perdonadme si me atrevo á dirigiros una pregunta: ¿en realidad ese hombre ha venido para cortarme los cabellos?

—Sí, respondió con extrañeza el príncipe. ¿A qué tal pregunta?

—Es que vuestra señoría no me habló de tal condición al brindarme á entrar en su servicio como arquero.

—Nada te dije sobre el particular, replicó el príncipe, porque no supuse que alentaras la esperanza de conservar un adorno que no corresponde á tu estado. ¿Acaso eres noble para llevar largos los cabellos como un barón ó un caballero?

—Como quiera que sea, profririó el doncel elu-

diendo la respuesta, de haber yo sabido que vuestra señoría exigía de mí tal sacrificio, quizá no hubiera aceptado su ofrecimiento, por mucho que mi deseo me hubiese instigado á hacerlo.

—Puedes todavía desdeñarte, repuso el de Cléveris, que empezaba á parecerle extraña aquella obstinación en un hombre del pueblo; pero no olvides que esto te servirá de poco, porque es muy fácil que el primer señor por las tierras del cual pases te exija el mismo sacrificio sin ofrecerte igual compensación.

—Para otro que no vos, monseñor, dijo Otón sonriéndose con desdén que asombró al príncipe é hizo estremecer á Elena, sería fácil empresa el intentar lo, pero muy difícil de ejecutarlo. Y descansando la mano sobre sus flechas, añadió: Soy arquero, y traigo, como vuestra señoría puede verlo, la vida de doce hombres en mi cintura.

—Las puertas del castillo están de par en par, exclamó el príncipe; eres libre de quedarte ó marcharte. En cuanto á la orden que he dado, no la modifico. Conque ya sabes ahora las condiciones; no podrás decir que te he cogido de sorpresa.

—Estoy decidido, monseñor, respondió el doncel inclinándose con respeto y dignidad, y vertiendo sus palabras con acento que probaba claramente que su resolución era irrevocable.

—¿Te vas? preguntó el príncipe.

Otón abrió la boca para responder; pero antes de pronunciar las palabras que para siempre jamás debían separarlo de Elena, dirigió á ésta una postrera mirada, y vió temblar una lágrima en los párpados de la doncella.

—¿Te vas? repitió el príncipe, admirado de tener que aguardar por tanto tiempo la respuesta de uno de sus servidores.

—No, monseñor, me quedo, dijo Otón.

—Está bien, profirió el príncipe; me alegro que te hayas reducido á la razón.

Dijo el príncipe, y continuó su camino.

Elena no abrió los labios; pero miró al doncel con tal expresión de gratitud, que, cuando el padre y la hija hubieron desaparecido, aquél se volvió alegremente hacia el barbero, que esperaba su respuesta, y le dijo:

—Ea, amigo, esgrime las tijeras.

Y empujándole hacia el primer aposento que encontró abierto en la galería, tomó asiento y puso su cabeza en manos del frater, que empezó la operación para la cual mandaran por él, sin comprender jota de cuanto á sus ojos pasado había. Ello no obstante, el barbero esgrimió de tal suerte las tijeras, que poco después las losas estaban alfombradas por la hermosa cabellera cuyos abundosos y rubios bucles encuadraban, cinco minutos antes y con tanta gracia, el rostro de Otón.

El cual, una vez á solas consigo mismo y por mucha que fuese su devoción á los menores deseos de Elena, no pudo menos de mirar con tristeza los sedosos rizos con los cuales tanto se complacía en jugar su madre. En esto, á Otón le pareció oír un ligero ruido al extremo del corredor, y, prestando oído atento, conoció el andar de Elena. Entonces, aunque había hecho el sacrificio por ella, el doncel se dió vergüenza de mostrar á la princesa la frente despojada de sus cabellos, y se abalanzó precipitadamente á una oquedad ante la cual pendía una colgadura. Apenas en su escondrijo, Otón vió parecer á Elena, que andaba con lentitud y como si buscase algo. Al pasar por delante de la puerta, la joven fijó los ojos en el suelo, y, mirando en torno de sí y al ver que estaba sola, se detuvo y escuchó;

luego, tranquilizada por el silencio, entró de puntillas, se agachó, sin dejar de escuchar y mirar, cogió uno de los rizos del doncel, lo escondió en su seno y se fué apresuradamente.

Otón cayó de rodillas ante la colgadura, y abrió la boca y juntó las manos.

Dos horas después y en el instante en que menos era de esperar, el conde de Ravenstein ordenó á su séquito que se preparase para salir con él al día siguiente del castillo de Cléveris. Resolución súbita que llenó de extrañeza á todos; pero aquella tarde misma cundió el rumor, entre los servidores del príncipe, de que apremiada por su padre á responder á la petición que de su mano le hiciera el de Ravenstein, la joven Elena había dicho que prefería tomar el velo á ser esposa de semejante hombre.

VII

Ocho días después de los sucesos narrados en el precedente capítulo, y en el instante en que el príncipe Adolfo de Cléveris iba á levantarse de la mesa, un criado anunció que acababa de entrar en el patio del castillo un heraldo del conde de Ravenstein, en nombre del cual traía un cartel de desafío. El príncipe miró con profunda expresión de ternura y reproche á su hija, que se sonrojó y bajó los ojos, y tras un breve silencio ordenó que introdujesen al mensajero.

El cual era un joven noble que vestía los colores del conde y ostentaba su escudo de armas en el pecho. Hizo el heraldo una gran cortesía al príncipe, y con voz firme y cortés llenó su bélica comisión.

Sin indicar porqué, el conde de Ravenstein desafiaba al príncipe Adolfo doquiera pudiese encontrarlo, á solas, veinte contra veinte, ejército contra ejército, de día ó de noche, en la montaña ó en el llano.

El príncipe escuchó el reto del conde, sentado y cubierto, y cuando el mensajero hubo dado fin á su